cante y sin atreverse á mover del rincon de la estancia donde se encontraba.

Despues de algunos segundos de silencio y de inmovilidad, los dos chicos, con un solo movimiento rápido, volvieron la cara horrorizados y apoyaron sus frentes en los hombros del doctor.

Habían hecho hincar de rodillas á los dos soldados desdichados, en la orilla de un foso; al inclinarse uno de ellos se había caido!

—Doctor...—repuso otra vez más la señora con voz apenas inteligible.

El doctor colocó sus manos sobre las cabezas de los dos chicos, y haciéndoles volver la cara hácia el campo, los mantuvo con la frente erguida y pálidos:

—¡Mirad! les dijo imperiosamente.

Durante un minuto no se percibió en aquella habitacion ni siquiera el latir de los corazones. La señora cayó de rodillas con las manos juntas. Un segundo más tarde percibióse el estruendo de una descarga.

La señora lanzó un grito, se arrojó sobre sus hijos, y estrechándolos contra el pecho, con un ímpetu desesperado y cubriéndolos de besos y de lágrimas, prorumpió con acento mezclado de piedad, de angustia, de miedo y de amor:

—¡Oh, prometed á vuestra madre que seréis siempre valientes... siempre, siempre!

INAUGURACION
DE LA GALERÍA DE LOS ALPES

DOS CARTAS

[Turin 16 de Setiembre de 1871.]

HACE años que Turin no vé tanta gente en su seno, ni tan alegre.

Vuelvo de dar un paseo por la ciudad.

La estacion del ferro-carril se halla rodeada de miles de personas; la calle de Roma, la de Po, la de Doragrossa, los pórticos, las aceras, figuran hormigueros. A cada paso se tropieza uno con un senador, con un diputado, con un periodista. ¡Cuántos antiguos amigos vuelven á ver Turin!

La concurrencia de forasteros, es tal, que hace dias no se encuentra hospedaje en ninguna parte

Cada tren que llega, vuelca en la plaza de Cárlos Felice cientos de personas.

Y uno solo es el asunto de la conversacion de todo el mundo: la perforacion de los Alpes. Y aunque no se quiera hablar, no se puede por ménos; á cada paso hay algo que lo recuerda.

Las fachadas de las casas están literalmente tapizadas de proclamas y bandos del Síndaco (1) de anuncios de la Compañía de los ferro-carriles, de las Sociedades de Obreros. Las vitrinas de las librerías no tienen sino vistas de los Alpes, retratos de los ingenieros, dibujos de máquinas, se venden pequeñas *perforadoras* de juguete, túneles de carton, telas bordadas ó estampadas que representan el tren en el momento de penetrar por la boca socavada en el monte, paisajes, cartas topográficas, guías.

El pueblo goza y arde en verdadero entusiasmo. Ninguna gran fiesta nacional fué jamás tan perfectamente comprendida y sentida en su valor real y positivo como esta de la inauguracion de la galería. Hay más que alegría en la fisonomía de todo el mundo: ¡hay un rayo de orgullo italiano!

La iluminacion de los pórticos es esplendidísima: miles de miles de luces reflejadas en cientos de cientos de cristales y espejos, dan al trecho que media entre la calle de Roma y el café de Lóndres el aspecto de un solo vastísimo salon adornado para solemne festival. En todos lados hierve el trabajo para las fiestas de mañana.

Es tarde ya. Desde mi cuarto, escucho todavía, á

(1) Alcalde.

pesar de estar tan avanzada la noche, el pregon de los vendedores de periódicos—*¡con la perforacion de los Alpes!*—y pienso que en el trascurso de los siglos, cuando de nuestro tiempo no se conserve ya sino pálida memoria, aquel grito, sin embargo, se repetirá todavía con un latido del corazon en señal de gratitud y de admiracion de las generaciones futuras á las presentes generaciones.

*
* *

[Turin 17 de Setiembre.]

Esta mañana los invitados á la fiesta de la inauguracion de la galería, partieron de Turin con tres trenes sucesivos: el primero á las seis, el segundo á las siete, el tercero á las ocho. Inmenso público asistió á la partida.

Se contaban entre los invitados cuatro ministros, los presidentes del Senado y de la Cámara popular, los alcaldes de Turin, Roma, Milan, Venecia, Bolonia, Florencia, Nápoles: gran número de senadores, diputados, generales, publicistas, y muchas damas espléndidamente vestidas. Los hombres todos vestían de frac.

El viaje pareció breve á pesar de la impaciencia.

Desde Turin á Bardonecchia, es una sucesion de soberbias vistas que preparan perfectamente el ánimo para la gran emocion del paso de los Alpes por el célebre socavon.

Primero las risueñas colinas que circundan la llanura de Turin, y á lo lejos el Monviso y el Monte

Rosa y las mil cumbres de los montes menores; después, las últimas colinas de Rívoli y hasta Bussoleno siempre altísimas montañas, valles profundos, gargantas, desfiladeros, pueblecillos, torrentes; y todo bello de una hermosura severa, que casi expresa como el respeto de la naturaleza á la inminente majestad de los Alpes.

Desde Bussoleno el camino de hierro vuelve en direccion de la cordillera de Fréjus, en cuyas entrañas se socavó el túnel. De este punto para llegar á Chaumont se atraviesa largo trecho de variado y accidentado paisaje, por el cual el ferro-carril recorre galerías, salva despeñaderos, cruza por hondas trincheras abiertas en la roca viva, y de piedra en piedra sube, baja, vuelve y serpea. Poco antes de llegar á Chaumont se penetra en un espacio umbroso poblado de árboles frutales y cubierto de grandes viñedos. Pasado Chaumont, montes otra vez, ó mejor, nudos de montes, intrincados y abruptos, y nuevos túneles y nuevos puentes, nuevos terraplenes y nuevos desmontes; y á derecha é izquierda oscuras manchas, grandes bosques de pinos, empinadas rocas, altísimas cascadas de agua, el fuerte d'Exilles, el de Serre-la-Garde, la garganta de Serre-de-la-Voûte; y por último el valle se alarga y el camino sigue á la falda de la montaña hasta la gran galería. Se pasa delante de Salberstrand y de Oulx y se penetra en el valle de Bardonecchia, se salva el torrente, se atraviesan todavía dos galerías más, se vé la colina de Fréjus...

He ahí la boca del túnel.

Apenas se presenta á la vista aquella negra abertura, un sentimiento de casi terror oprime el corazon. Se piensa en la inmensa mole granítica que se levanta encima y que parece desdeñosa de la injuria que se le ha inferido á su salvaje majestad secular, y tememos que quiera sentarse sobre nuestras cabezas para aplastar nuestro orgullo.

Pero tan pronto como el tren penetra en la vasta galería subterránea, tan pronto como se echa la vista sobre los muros de piedra y sobre la robusta bóveda que parece encorvarse fieramente para resistir sobre sus hombros la enorme pesadumbre de los Alpes; apenas vistas las luces y notado que se respira libremente y advertido que se camina con ímpetu fácil y seguro, el corazon se tranquiliza, la mente se esparce ante la magnífica idea de la grandeza y de la fuerza, y el alma abraza con una sensacion de maravilla y gratitud todo este portento eterno del génio y del trabajo.

Cuántos pensamientos, cuántos sentimientos nuevos y profundos vienen confusamente á la inteligencia en aquel instante. ¡Doce años de trabajo! Al fin pasamos sobre este terreno bañado con tantos sudores y tantos afanes. Este es el sitio donde por espacio de tantos años hombres insignes condujeron á término la gran empresa, estudiaron, trabajaron, lucharon, á veces oprimidos por dolorosa duda, ora reanimados por grandes esperanzas ya fáciles con certidumbre largamente ansiada y suspirada.

Escúchanse en aquel vacío, con el precipitado es-

trépito del tren, rumores varios que hablan al alma: los golpes duros, fulmíneos, rabiosos, de la *perforadora* que devora las rocas; el confuso dentellear del engranaje de cien ruedas; el estampido atronador de los barrenos; la granizada que las esquirlas producen en las paredes, y sobre las máquinas; el mando de los sobrestantes, los gritos, las risotadas de los obreros, el ruido contínuo de la obra, el eco de toda aquella vida subterránea que se agitó por tantos años en los virgíneos senos del monte, sin la sonrisa del sol, sin el aliento del aire salubre, sin otro espectáculo que ella misma y las rocas solitarias, misteriosas, solemnes.

¡Cuántas víctimas sucumbieron en la lucha! Sus imágenes preséntanse á la mente como para decirnos:—Yo tambien trabajé y sufrí. Acordaos de mí.—Son obreros macilentos y pálidos que han gastado los años más bellos de la vida en el laborioso camino que atraviesa los Alpes; aquellos viejos ya que perdieron la luz de los ojos; aquellos jóvenes á los cuales las máquinas y las minas arrancaron brazos y despedazaron cabezas. Y en medio de este tropel de inválidos, de mutilados y de muertos que parece levantan la cabeza para pedirnos su correspondiente parte de afecto y de gloria, se alza la figura bella y venerable de Sommeiller, al cual todavía brilla en los ojos el goce del último golpe lanzado por la *perforadora* ya en el vacío, al grito de ¡Viva Francia, viva Italia!

Y el tren marcha y marcha, creciendo en el ánimo á medida que se avanza la conmocion y las emociones, y la fantasía trabaja y trabaja sin cesar. Ahora nos

parece que no vamos á salir más de allí dentro, nos parece que nos hemos soterrado en las entrañas de la tierra y que nos precipitamos en direccion de cercana meta; ahora creemos que de repente el tren, vuelto furiosamente atrás, asustado del ignoto término hácia donde caminaba; ahora se tiembla por llegar demasiado presto á la salida y desearíamos que aquel instante se retrasara con objeto de prolongar el sentimiento de maravilla fantástica que agita el corazon y la cabeza; ahora nos punza la manía del aire, de la luz, del deseo impaciente del azul del cielo y del verde del campo; ahora permanecemos como atónitos y desmemoriados y casi estamos á punto de preguntarnos á nosotros mismos:—¿Dónde estamos?—¿Estamos ya en Francia?—¿Estamos todavía en Italia?—Uno mira al reloj y exclama:—¡Estamos en Francia!—Los corazones dan un vuelco, los ojos se buscan, las manos se estrechan.—Estamos en Francia, se repite. Es una sensacion de goce inexplicable; en aquel momento las dos naciones se han abrazado y hemos gritado juntos:—¡Vencimos!—Pero ¿qué es esto? La luz del gas palidece, se percibe un soplo de aire puro; las paredes blanquean. El vapor arroja un largo grito de triunfo; hé aquí el sol: la Francia! ¡Sublime momento!

Modane está allí abajo y la vía férrea llega dando una gran curva recorrida en pocos minutos; bajamos en la estacion de Modane donde se esperó cerca de tres cuartos de hora antes de volver á subir con el tren para ir á Italia. Allí estaban esperándonos el ministro francés Le Franc, varios personajes franceses, el embajador Nigra, los representantes del Gobierno suizo. A algunos pareció que la acogida hecha por los franceses á los ministros italianos fué bastante fría. Pero acaso aquello que pareció frialdad era, por el contrario, un sentimiento de tristeza que no podía disimularse por ciudadanos de una nacion desventurada ante los representantes de otra nacion, en la cual la alegría producida por el gran acontecimiento no era turbada por ninguna memoria dolorosa. Volvimos al tren y tornamos á Bardonecchia, don de estaban esperando los invitados de la segunda y de la tercera excursion.

Al lado de la vía férrea, á izquierda de la apertura del túnel, se ha construido un monte de cerca de treinta metros de alto, de forma retangular, y sobre el cual se extiende un espacio llano de trescientos metros de longitud por setenta de anchura. Este monte se compone enteramente de la tierra, las piedras y demás materiales extraidos de la colina de Fréjus. Sobre el plano se ha levantado grandioso pabellon adornado con las banderas italianas y francesas y bajo el pabellon se habían colocado las mesas: dos larguísimas mesas paralelas. A las dos de la tarde todos los convidados tomaron asiento eligiendo cada uno libremente el suyo y dió principio la comida que se prolongó hasta las cinco, acompañada de músicas y "vivas" del pueblo que acudió en tropel de todaa las aldeas circunvecinas.

Los convidados serían unos mil doscientos.

La situacion del monte en el cual se colocáran todas las mesas, el pintoresco paisaje que se extiende

al rededor, la vista de los Alpes que lo coronan, aquellos mil convidados, aquellas banderas cruzadas, aquellos gritos del pueblo, aquellas músicas, en fin, el conjunto del espectáculo exaltaba á todos.

Levantóse el primero, el ministro Visconti-Venosta, y habló de las ventajas que lograrán los dos pueblos por la ruptura de los Alpes y terminó con un bríndis á la prosperidad de Francia.

Le siguió el ministro francés Le Franc. Su discurso era esperado con grande espectacion y fué escuchado en profundo silencio. Elogió la grandeza de la obra determinando el vario mérito de los que en ella tomaron parte. Cavour, Paleocapa, Menabrea, Sismonda, Sommeiller, Grandis, Grattoni, Médail. Recordó al rey Cárlos Alberto con palabras afectuosas y reverentes. Terminó expresando su profunda fé en la estabilidad de la paz y de la amistad inalterables entre Francia é Italia. Su voz indicaba la emocion que lo dominaba y su rostro hallábase impregnado de los sentimientos que manifestaban su discurso; era el ministro de Francia, acusado de sentimientos hostiles para con Italia y hablaba de fraternidad y union... un fragoso estrépito de aplausos y de aclamaciones siguió sus palabras.

El ministro De Vincenzi pronunció un bríndis en honor de todos cuantos cooperaron á la gran empresa.

Ceresole, representante de Suiza, habló de la perforacion de los Alpes y de la apertura del Istmo de Suez: las dos obras modernas más gigantescas y gloriosas de la raza latina.

El ministro Sella recordó á Sommeiller, aludió á la nueva empresa de la perforacion del Gotardo y del convenio futuro entre Francia é Italia.

El ingeniero Lesseps brindó por la alianza de ambos países, y Rorá por el incremento comercial.

L'Amilhau, director de la Compañía de los caminos de hierro de la Alta Italia, presentó, en nombre de la misma, medallas de oro para los gobiernos de Francia é Italia, al ingeniero Grattoni, á Grandis y á la memoria de Sommeiller.

Grattoni dió las gracias á todos los italianos y á los extranjeros todos que prestaron su concurso para la realizacion de la empresa y dedicó un recuerdo con nobles y conmovedoras palabras á su ilustre compañero Sommeiller, desgraciadamente arrebatado á la vida antes de ver el dia que debía compensar sus afanes y glorificar su nombre.

Una parte de los convidados que permacieron en Bardonecchia sin verificar la travesía del túnel, se entretuvieron en estudiar la *perforadora*.

A la vista de tan celebrada máquina, se experimenta extraña sensacion.

Antes de verla, nos inclinamos á imaginarla como de mediana magnitud: cuando se la vé, parece enorme y su aspecto resulta verdaderamente imponente.

Es una máquina complicada de la cual no se puede dar idea sin descender á prolijos pormenores. A una señal del maestro, los obreros le dan aire, funciona, muévense las ruedas, silba el viento, y la barra perforante se sumerge de ciento sesenta á doscientas ve-

ces por minuto en la piedra viva, con portentosa violencia. A cada golpe se esparce el aire, y despues de haber dado su esfuerzo entero motriz, se reconcentra la interior con vigoroso soplo. El aparato promueve ensordecedor estrépito, y la rapidez del movimiento y la rabia, casi estoy por decir de los golpes, el conjunto en suma, del instrumento destructor y de la accion, tiene algo de terrible; produce una sacudida en los nervios y una precipitacion en la sangre, lo mismo que si nosotros participásemos en cierto modo de aquel esfuerzo sobrehumano; el vigor, el ímpetu de la máquina, se convierte en nuestro, por un instante; una parte de nuestro sér se mueve, se estremece y tiembla como á través de los robustos miembros del prodigioso aparato. Los obreros expían en la cara de los espectadores el efecto que causa, y miran el mecanismo con orgullo, apoyándose en él con aire de respetuosa familiaridad y de cariño, cual se trata á una bella y soberbia fiera domada; y ¡en aquel momento, muchos de los hombres ilustres que contemplan á los obreros, se sienten pequeños al lado de ellos!

Hácia las siete se emprendió la vuelta á Turin.

Lo propio que á la ida, á la venida se vió en todas las estaciones del tránsito numeroso gentío tremolando banderas al paso del tren, aplaudiendo con entusiasmo. Poco despues de las ocho estábamos en Turin.

La estacion se hallaba iluminada con luces de bengala. El gran átrio del lado de la calle de Niza, cubierto de banderolas, desaparecía bajo guirnaldas y flores. La Sociedad de Obreros recibió á los convida-

dos con calurosos "vivas" contestados por la multitud agolpada en todas partes y que ocupaba por completo la Plaza de Cárlos Felice. La gran fachada de la estacion presentaba el aspecto de una pared de fuego, á la cual apenas podía mirarse sin ofender la vista. En medio del arco central se veía inmenso cuadro cuyo asunto representaba Italia y Francia, dos figuras colosales dándose la mano á los piés de los Alpes.

El Corso del Rey, iluminado tambien en los pórticos desde la estacion hasta el Puente de Hierro, con un aparato en la embocadura de las calles Lagrange y Niza, figuraba la boca de la gran galería del Fréjus en Bardonecchia. El jardin de la plaza tambien estaba iluminado por infinitas lucecillas entre las plantas, á lo largo de los caminos que forman los cuadros y arriates alrededor del pequeño lago, de la cual surtía el agua en el centro con altísimo saltador. La calle de Roma y las plazas de San Cárlos y Castello tambien lucían vistosas iluminaciones. Todos los arcos de los pórticos que giran alrededor de esta plaza, todos los remates de las pilastras, todas las líneas salientes de las casas brillaban con puntas de llama. La calle de Po ofrecía sorprendente aspecto. Entre varios piés derechos colocados de dos en dos á derecha é izquierda, se alzaba un tubo de gas rematando en tres flores remedando lirios; por encima colgaban estrella luminosas hasta la plaza Víctor Manuel.

La multitud era inmensa; el órden hasta la hora en que escribo, perfecto. Así terminó este dia memorable.

Y tendré precision ahora de repetir todavía aque-

llas palabras que desde el alba oigo pronunciar en todos los tonos, con todos los acentos y por todas las gentes:—"La barrera de los Alpes ha caido."—Sí, ha caido para siempre. ¡Y parecía atrevido designio, pensamiento insensato! Miedo á las rocas rebeldes á toda humana fuerza; temores de secretas vertientes de agua; previsiones de calores excesivos y de escasez de aire respirable; incertidumbres, dudas, desanimacion..... ¡todo ha desaparecido!

Las dos grandes empresas: *la perforacion de los Alpes* y *la unidad de Italia*, juntas iniciadas, juntas mantenidas y desarrolladas durante diez años se han realizado una tras otra con pocos dias de diferencia.

¡El ejército italiano entraba en Roma el 20 *de Setiembre de* 1870, y el 25 *de Diciembre de* 1870 estallaba la última mina en el monte de Fréjus! Casi al mismo tiempo Italia extendía una mano á su antigua madre, y la otra, á su antigua aliada, gritándole á la primera:—¡Libertad!—gritándole á la segunda:—¡Paz!

Y será verdaderamente tácito pacto de paz entre los dos pueblos esta grandiosa victoria comun que hoy se ha celebrado; ellos no cambiarán por la nueva vía y el camino nuevo, sino palabras de fraternidad, útil comercio y proyectos comunes de nuevas y gloriosas obras, es decir: ¡no cambiarán entre sí sino aquello que eleva, que engrandece y que purifica!

CIERTAS EPÍSTOLAS...

Años ha, cierto jovencillo de veinte años que escribía artículos de literatura amena, y no tenía ni quien lo alabase ni lo animara, recibió una carta anónima (me parece que de Bergamo, donde viviera algunos meses) en la cual entre otros cumplimientos análogos, se le hacía el siguiente que era con el que se cerraba la carta: "En vez de emborronar las columnas de los periódicos con esas tonterías á las cuales V. ha denominado *etcêtera*, haría mejor en publicar alguna página de historia *que diese mejor idea de nosotros á los extranjeros*."

No he cambiado una sola sílaba del texto. La persona á quien aludo, conserva todavía la carta y la conservará siempre, no por el valor que pueda tener en sí misma, sino porque le recuerda una de las más fuertes impresiones de su edad juvenil. Quien la escribió, si alguna vez caen estas páginas bajo sus ojos, reirá; y quien la recibió, si se llegase á encontrar un